

Las Exposiciones Universales decimonónicas (1851-1900) y el debate librecambismo-proteccionismo en España

Luis Perdices de Blas 

José Luis Ramos Gorostiza 

RESUMEN: *Las Exposiciones Universales decimonónicas fueron, entre otras cosas, escaparates privilegiados para la innovación y el avance industrial, donde los países competían por mostrar su poderío económico y la diversidad y calidad de sus producciones. Asimismo, partiendo del reconocimiento de la creciente interrelación y complementariedad de los distintos territorios, estos certámenes pretendieron crear un sentimiento de comunidad a través de los intercambios internacionales, entendidos como fuente generalizada de prosperidad. Este trabajo se centra precisamente en las exposiciones universales como foros que invitaban al libre comercio, y analiza las posturas librecambistas o proteccionistas sobre el fomento de la producción nacional que reflejaron en sus informes los economistas españoles que las visitaron. (CODIGOS JEL: B10; B17)*

AUTORES: Luis Perdices de Blas (Universidad Complutense de Madrid; perdices@ccee.ucm.es) / José Luis Ramos Gorostiza (Universidad Complutense de Madrid; ramos@ccee.ucm.es)

RECIBIDO: 2024-02-21, ACEPTADO: 2025-04-24, ONLINE: 2025-06-01

AGRADECIMIENTOS: Agradecemos sinceramente los comentarios de los evaluadores anónimos del artículo. Dedicamos este artículo al profesor Juan Hernández Andreu, fallecido en marzo de 2025, que también investigó sobre el tema tratado en este trabajo.

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL-NODERIVATIVES 4.0 INTERNATIONAL (CC BY-NC-ND 4.0) © The Author(s) 2025.

The 19th-century *Universal Exhibitions* (1851-1900) and the debate on the promotion of Spanish production

Luis Perdices de Blas 

José Luis Ramos Gorostiza 

ABSTRACT: *The 19th-century Universal Exhibitions were, among other things, privileged showcases for innovation and industrial progress, where countries competed to showcase their economic power and the diversity and quality of their productions. Likewise, based on the recognition of the growing interrelation and complementarity of the different territories, these events sought to create a sense of community through international exchanges, understood as a generalized source of prosperity. This paper focuses precisely on the Universal Exhibitions as forums that invited free trade: it analyzes the free-trade or protectionist positions on the promotion of national production that were reflected in the reports of the Spanish economists who visited them. (JEL CODES: B10; B17)*

AUTHORS: Luis Perdices de Blas (Universidad Complutense de Madrid; perdices@ccee.ucm.es) / José Luis Ramos Gorostiza (Universidad Complutense de Madrid; ramos@ccee.ucm.es)

RECEIVED: 2024-02-21, ACCEPTED: 2025-04-24, ONLINE: 2025-06-01

ACKNOWLEDGEMENTS: We sincerely appreciate the comments from the anonymous reviewers.

ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL-NODERIVATIVES 4.0 INTERNATIONAL (CC BY-NC-ND 4.0) © The Author(s) 2025.

1. Introducción

La primera exposición universal celebrada en Londres en 1851 tuvo como antecedente las exposiciones nacionales de la industria que habían venido proliferando por Europa desde comienzos del siglo XIX, y cuyo origen se encontraba a su vez en una primera muestra organizada en Francia en 1798 (Capel, 2007, pp. 151-152; Gutiérrez-Poch, 2022, pp. 6-8)¹. Tras la pionera *Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations*, una decena larga de exposiciones universales jalonaría la segunda mitad de la centuria².

Estos novedosos certámenes internacionales fueron acontecimientos complejos, y como tales pueden ser analizados desde muy diferentes perspectivas: despliegues de arte, arquitectura y diseño; fenómenos de cultura de masas; focos de atracción para un turismo incipiente; motores de transformación urbana; muestrarios de la riqueza y diversidad de los imperios coloniales; medios privilegiados para la proyección de imágenes nacionales; instrumentos para la educación de las clases medias burguesas y la transmisión de valores como la laboriosidad o la competitividad; etc.³. Pero, ante todo, las exposiciones decimonónicas reflejaron la asombrosa revolución de las fuerzas productivas de la que hablaban Marx y Engels en su *Manifiesto Comunista* de 1848, poco antes de que tuviera lugar la muestra del *Crystal Palace*:

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sometimiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción? (Marx y Engels, 1976[1848], p. 28).

De hecho, hacia mediados del siglo XIX los espectaculares logros del rápido avance científico-técnico eran tan evidentes, que el hombre medio había llegado a considerar «algo familiar el crecimiento indefinido del poder humano sobre la naturaleza» (Bury, 1971, p. 290). Numerosos poetas y escritores de la época (Southey, Tennyson, Hugo, Thackeray, etc.) plasmaron en exaltados textos su fe en el progreso material, que encontraba su mejor escenario en las aludidas exposiciones universales (Bury, 1971, pp. 290-296)⁴. Estas fueron, entre otras cosas, escaparates privilegiados para la innovación y el avance industrial, donde los países competían por mostrar su poderío económico y la diversidad y calidad de sus producciones nacionales y coloniales. Por tanto, se convirtieron en marcos para la difusión de innovaciones técnicas que además permitían descubrir nuevas posibilidades comerciales. De hecho, las sucesivas exposiciones fueron reflejando fielmente el avance de la globalización durante la segunda mitad del siglo.

Al margen de mostrar las conquistas materiales, el fomento del libre comercio era ya uno de los objetivos declarados en la primera *Great Exhibition* londinense. Poco después de la

abolición definitiva de las leyes de grano y en pleno auge librecambista liderado por Richard Cobden, se pretendía crear un sentimiento de comunidad entre los habitantes del mundo entero a través de los intercambios internacionales, entendidos como fuente generalizada de prosperidad: era posible caminar hacia un estadio superior de la humanidad reconociendo la estrecha interrelación y complementariedad de los intereses de las distintas naciones, lo que equivalía a eliminar barreras y expandir el libre comercio apoyándose en la idea smithiana de la división del trabajo y en el principio ricardiano de la ventaja comparativa. De este modo, se trataba de promover la paz mundial, la armonía y la cooperación entre los pueblos (Allwood, 2001, pp. 7-18; Canogar, 1992, p. 23). Anteriormente, en una alocución en 1850 en la Mansion House, el príncipe consorte Alberto había afirmado:

Estamos viviendo en un periodo de maravillosa transición que tiende a [...] la realización de la unidad de la humanidad. [...] Las distancias que separaban a las diferentes naciones [...] van desapareciendo rápidamente ante los logros de la actividad inventiva moderna [...]. El gran principio de la división del trabajo, que tal vez pueda llamarse la potencia motriz de la civilización, se está extendiendo a todas las ramas de la ciencia, la industria y el arte. [...] [En] nuestros días, [...] no bien se hace un descubrimiento [...], es pronto mejorado y superado en virtud de esfuerzos competidores; los productos de todas las regiones del globo se hallan a nuestra disposición y sólo hemos de elegir cuál es el mejor y más económico para nuestros fines, para que poderosas fuerzas de producción respondan al estímulo de la competencia y el capital. [...] La Exposición de 1851 ha de proporcionarnos [...] un nuevo punto de partida desde el cual todas las naciones podrán orientar sus esfuerzos [según sus ventajas comparativas] (citado en Plum, 1971, pp. 77-78).

Este trabajo se centrará precisamente en las exposiciones universales como foros que invitaban al libre comercio, y su relación –en el caso español– con el debate librecambio-proteccionismo. Se trata de un tema que hasta ahora no ha recibido atención y que sin embargo tiene gran interés, pues conecta con el que fue uno de los grandes debates económicos de la España del siglo XIX, junto al agrario o al de la reforma fiscal. En concreto, se analizarán con detenimiento las posturas librecambistas o proteccionistas sobre el fomento de la producción nacional que reflejaron en sus informes y memorias los economistas españoles que visitaron las sucesivas exposiciones universales decimonónicas, tales como Ramón de la Sagra y Laureano Figuerola (Londres 1851), Mariano Carreras (Londres 1862), Francisco José Orellana y Joaquín Costa (París 1867), o José Echegaray (París 1900). Asimismo, se aludirá a algunas de las opiniones que expresaron al respecto otros visitantes, ya fueran ingenieros –como Francisco de Luján, Juan Navarro Reverter, Daniel Francisco de Paula, Gumersindo Vicuña, y Rafael Puig y Valls– o periodistas, comisionados y escritores –como José Castro y Serrano, Luis Alfonso y Casanova, Marcelino Umbert, Antonio García Llansó o Emilia Pardo Bazán, entre otros–.

En definitiva, este trabajo pretende examinar una cuestión que aún no ha sido abordada específicamente, pues los historiadores que han analizado el papel de España en las exposiciones universales decimonónicas se han ocupado sobre todo de la imagen proyectada en ellas⁵.

En general, coinciden en señalar que no se supieron transmitir los avances del país en el terreno económico ni sus esfuerzos modernización, y que lo que realmente se «vendió» en estos certámenes fue lo castizo y lo exótico, el estereotipo romántico (Viera, 2020; Lasheras, 2009; Sazatornil y Lasheras, 2005). En este sentido, los viajeros españoles que visitaron las exposiciones también se quejaron de la pobreza de las representaciones españolas en estos escaparates de la técnica y el progreso industrial (Díaz Larios, 2012; Morillo, 2015).

2. LibreCambistas españoles en las exposiciones londinenses y parisinas

La Escuela Economista, formada por un grupo de destacados economistas liberales (como Luis María Pastor, Manuel Colmeiro, Laureano Figuerola, Gabriel Rodríguez, José Echegaray, Mariano Carreras o Joaquín María Sanromá), fue el principal foco de defensa del libre comercio en España durante la segunda mitad del siglo XIX, el periodo de florecimiento de las exposiciones universales. Sus referentes, junto a Álvaro Flórez Estrada y Richard Cobden, fueron sobre todo autores franceses como Jean Baptiste Say, Joseph Garnier, Auguste Walras o –especialmente– Frédéric Bastiat. Con el fin de difundir sus ideas librecambistas, estos economistas partidarios del orden natural, la competencia y Estado mínimo, crearon la Asociación para la Reforma del Arancel de Aduana en 1859, organizaron conferencias sobre el tema en el Ateneo de Madrid durante los años 1862-63, y se sirvieron de instituciones como la Sociedad Libre de Economía Política (1857) y de revistas como *Gaceta Economista* o *La Tribuna de los Economistas* (Perdices de Blas y Reeder, 2003, pp. 166-168). Su gran logro práctico fue la reforma arancelaria de 1869 promovida por Figuerola como ministro de Hacienda, que supuso optar por aranceles con fines fiscales y una reducción gradual de las tarifas arancelarias⁶. Sin embargo, a partir de la década de 1870 la Escuela Economista y su defensa del libre comercio irían perdiendo fuerza progresivamente.

Los miembros de la Escuela Economista que asistieron a exposiciones universales fueron Figuerola (Londres, 1851), Carreras (Londres, 1862) y Echegaray (París, 1900), aunque aquí sólo se analizarán las memorias de los dos primeros, puesto que la del último se centraba esencialmente en el ferrocarril⁷. En su breve informe presentado ante la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, Figuerola (1991[1851], p. 21), entonces catedrático de Derecho Público y Administrativo, comenzaba preguntándose por las razones de la escasa participación de Barcelona –la provincia más industrializada de España– en la primera gran exposición, lo que transmitía una imagen económica pobre muy alejada de la realidad⁸. Por un lado, había recelos ante una posible «comparación desventajosa» frente a los productos ingleses, junto a cierto temor a que mostrar abiertamente el propio nivel industrial facilitara a los británicos la conquista completa del mercado español. Pero, por otro lado, había también motivos prácticos: la inconveniencia de dejar maquinaria inactiva durante un año en un país que no contaba con grandes capitales, la preocupación por la reforma arancelaria, o la mala redacción de la

disposición gubernamental, que parecía dar a entender que sólo debían llevarse a la exposición cosas de gran novedad.

Sin embargo, Figuerola (1991[1851], pp. 24-27) consideraba que si los industriales textiles catalanes hubiesen tenido una presencia más importante en la exposición «no hubieran representado un desairado papel», pues el producto que elaboraban no era en absoluto inferior en calidad al de otros países en lo referente a paños de algodón, seda y lana (quizá sólo se apreciaban pequeñas diferencias en algunos estampados de algodón). Donde sí había una clara inferioridad era en los medios, es decir, en las máquinas de hilar y tejer algodón y lana y de devanar seda. Aunque perfectamente conocidas y empleadas por los productores catalanes, eran todas extranjeras y había que traerlas de fuera. Pero ahí estribaba precisamente una de las más claras ventajas del comercio, que nos permitía, «con voluntad libre e independencia», aprovecharnos del genio inglés hasta que el genio español consiguiera desarrollarse con el tiempo (p. 27). Esto es, cabía un aprendizaje técnico a través del intercambio: «los pueblos atrasados, cual por desgracia lo es España en la industria, aprovechan en los presentes días del mayor grado de adelanto de los que los preceden, sin divagar en tanteos y experimentos» (p. 31).

De este modo, de la falta de presencia española en muchas de las actividades industriales exhibidas en la muestra londinense (como aplicaciones eléctricas, procesos químicos, etc.), cabía extraer al menos la consoladora lección de los «vastos horizontes» aún por recorrer. De hecho, las posibilidades de desarrollo industrial no estaban dadas, sino que eran cambiantes, de manera que «si una forma de trabajo [sufría] la influencia de hechos que le [eran] contrarios, la acción de los capitales [buscaría] nuevas sendas donde ser utilizados» (p. 30). Igualmente, se abrían grandes oportunidades para la agricultura española con el apoyo de las máquinas agrícolas, dado que hasta entonces había estado «envuelta en los errores de la rutina». En definitiva, todas las «aplicaciones útiles» ligadas al progreso técnico y de las que cabía aprender (locomotora, telégrafo, etc.) se verían «aclimatadas en nuestro suelo en periodos cada vez más cortos» (p. 30). Por tanto, en vez de cerrarse al exterior había que acatar «el genio [extranjero] do quiera que [hubiera] tenido nacimiento», admitiendo su influencia a través del comercio «sin creernos humillados» (p. 32).

Curiosamente, Figuerola no aludió de forma explícita en esta memoria a un argumento que emplearía más adelante para justificar el librecambio, y que estaba en el espíritu de la gran exposición de Londres: el comercio estrechaba los lazos entre los países haciendo que compartieran intereses económicos, lo que a la postre favorecía la paz internacional. Sin embargo, el periodista José Castro (1867, p. 15), cercano a los planteamientos de la Escuela Economista, sí subrayó en su memoria de la exposición de París de 1867 «la fraternidad del comercio», o la «realización de la grande unidad comercial [...] [a través] del imperio del cambio». Además, criticó abiertamente la búsqueda de rentas mediante prebendas proteccionistas en vez de la búsqueda de beneficios aprendiendo a competir en el mercado: nuestros fabricantes habían de «preferir el aprovecharse de los adelantos de la ciencia y de las especulaciones de la industria, mejor que mendigar, con pliegos de papel sellado y artículos de periódico, una protección que en los países cultos se alcanza únicamente aguzando el entendimiento y aguijoneando la actividad»; del mismo modo, los agricultores, en un país que aún era emi-

nentamente agrícola, habían de convencerse de que «mejor que pedir protección oficial» e «intrigar» para limitar la importación extranjera, era «estudiar el cultivo con arreglo a los adelantos modernos, adquirir máquinas que perfeccionan y multiplican el cultivo, y colocarlo en condiciones de bondad y baratura» (pp. 103, 155). En este sentido –como señaló en su informe sobre la exposición de París de 1878 otro destacado periodista de la época, Ángel Fernández de los Ríos (1878, p. 98)– el caso de la apertura progresiva de Japón era muy ilustrativo de lo que podía llegar a lograrse en poco tiempo partiendo de una situación de atraso y radical aislamiento: su apertura le había permitido «tomar parte en los progresos de Europa y conquistar, a fuerza de paciencia y de trabajo, las ideas nuevas, para llevarlas [...] a todo comercio con las demás naciones».

Mariano Carreras, que había sido profesor de la Escuela Industrial y de Comercio de Valencia y que en 1864 llegaría a ser catedrático de Derecho Mercantil y Economía Política en el Real Instituto de San Isidro (Madrid), asistió en 1862 a la exposición universal de Londres becado por la Diputación Provincial de Zaragoza. En su informe partía de la idea de que España era un país esencialmente agrario, por lo que decidió concentrar su atención únicamente en los aspectos de la muestra relacionados con el sector primario. Precisamente, su argumento para defender el libre comercio –que fue el más utilizado por los miembros de la Escuela Economista– se basaba en las ventajas absolutas: los países debían especializarse en aquellos bienes para los que tenían mejores condiciones naturales. Y de hecho no existían «tierras más ricas, más fértiles, más mimadas por la Naturaleza que las de esta hermosa y encantada región de la Iberia», hasta el punto de que «todos los admirables inventos agrícolas de Inglaterra, todos los discretos cuidados rurales de la Holanda, la Bélgica y la Francia, no [habían] podido ni [podrían] arrebatarlos este precioso don de la Providencia». De este modo, por muy atrasados que estuviéramos en las técnicas agrarias, no llegaba a tanto que no pudiéramos «rivalizar, al menos en casi todos los productos agrícolas, con [países][...] cuyas condiciones climáticas son parecidas a las nuestras» (Carreras, 2000[1863], p. 24). Sin embargo, la exhibición de los productos españoles en la exposición no había estado a la altura, tanto por su «poca abundancia y variedad» como por sus malas condiciones de presentación y baja calidad (dada la escasez de premios recibidos). Además, se había caído en el error de creer que solamente debían llevarse a la exposición los «frutos raros de la tierra» (pp. 10-11, 14).

En cualquier caso, era preciso mejorar la agricultura superando su «lamentable atraso» técnico, porque ello permitiría que fuera aún más competitiva. Pero no podía esperarse que la solución viniera del Estado, como habitualmente ocurría en España, donde se pensaba que éste poseía «el secreto de la panacea universal». Sólo cabía confiar en la iniciativa privada, «sin protección alguna de la Autoridad, [...] sin más auxilios gubernamentales que libertad, orden y justicia»: «no exijamos a los Gobiernos lo que no pueden dar, obremos por nosotros mismos» (pp. 66-68). En suma, había que imitar la política inglesa: limitarse a garantizar la libertad económica sin poner «obstáculos a [...] la acción de los particulares»; consolidar la propiedad territorial, que todavía no se hallaba en España «bastante asegurada»; facilitar las «salidas para los productos» mediante la mejora en las vías de comunicación y la libertad comercial; reducir los impuestos «exorbitantes» que aún pesaban sobre el campo; y promover

el crédito agrícola y los riegos. A nivel privado, los labradores más pudientes podían además crear y sostener escuelas agronómicas y concursos agrícolas, mientras que los menos acomodados podían asociarse para acceder a abonos, maquinaria, nuevos sistemas de cultivo, etc. (pp. 71-83).

Fuera de la Escuela Economista, el inclasificable Ramón de la Sagra escribió una memoria sobre la gran exposición de Londres de 1851 en la que, con matices, se mostraba bastante favorable al libre comercio, aunque él definiera su posición como «neutral». Previamente, según apunta Serrano (2017, pp. 49n, 51n), Sagra había enviado una comunicación al *Congrès des Economistes* (1847) de Bruselas en la que aprobaba el librecambio, pero ya en 1856, con motivo del *Congrès International des Réformes Douanières* celebrado también en la capital belga, se declaró proteccionista⁹. Por tanto, su informe sobre la citada exposición londinense, publicado en 1853, se situaba en un momento de transición en sus ideas referentes al comercio internacional.

Para Sagra, el avance hacia el libre comercio se basaba en «la producción más natural o adecuada a las circunstancias de cada país», al tiempo que «la facilidad de los cambios [daba] a la producción [global] un impulso inmenso» (Sagra, 1853, pp. xxvi-xxviii). Pero, además, el librecambio tenía un efecto especialmente positivo en los países más rezagados:

[El contacto comercial] arrastra a los pueblos lentos y los obliga a acelerar su carrera. El contacto comunica nuevas necesidades; el ejemplo sirve de estímulo; la rivalidad escita las ambiciones; las fuerzas creadoras chocan contra los antiguos obstáculos; nace así el espíritu de las reformas (Sagra, 1853, p. lxxvii).

De hecho, a la larga el comercio contribuiría a la convergencia económica entre las naciones: «una atracción cada vez más poderosa terminará por absorberlas a todas en un solo cuerpo, resultante del frecuente cambio de sus productos [y] de la sucesiva comunicación de sus ideas» (p. lxxviii). Pero era difícil pronunciarse sobre el patrón comercial que convenía a España de cara al futuro, pues poco a poco irían perdiendo peso condicionante las circunstancias naturales para dejar paso a un mayor protagonismo «del genio creador y de la inteligencia productiva», según se difundieran los conocimientos tecnológicos, se redujese el coste del transporte y avanzase la mecanización (pp. lxiv-lxvi). Lo que sí era esperable era que, con la progresiva mejora de los transportes y la eliminación de barreras comerciales, países lejanos con una gran «fertilidad natural» y condiciones «climáticas que no nos es dado imitar», supusieran una seria competencia para la agricultura europea en un futuro cercano.

En cualquier caso, el principal problema del librecambio era el «carácter eminentemente anárquico y desastroso» que a menudo tenía para algunos países la «lucha» competitiva comercial, pues «impelidos los pueblos [...] a producir sin medida, sin cálculo, sin previsión alguna [...] se [veían] fatalmente arrastrados» a una difícil situación «por una concurrencia rival más poderosa» (p. xv). No obstante, precisamente exposiciones como la de Londres contribuían a atemperar dicho problema, pues permitían tener información sobre las fortalezas

productivas de los rivales, facilitando así una mejor adaptación a la competencia internacional (p. xvi). En cualquier caso, el ideal de Sagra era que el Estado, de alguna manera, pudiera dirigir el proceso industrializador.

Por último, hay que hacer referencia al polifacético Joaquín Costa, quien, siendo todavía muy joven, visitó la exposición de París de 1867. En esta etapa, mantuvo una clara postura librecambista (que luego iría matizando por influencia krausista, otorgando un mayor protagonismo a la acción estatal). No hay que olvidar que Costa tuvo relación directa con algunos de los miembros más destacados de la Escuela Economista: fue pasante en el despacho de abogados de Gabriel Rodríguez durante cinco años (Serrano en Costa, 2011, pp. xxi-xxii), y trabajó y colaboró en la Institución Libre de Enseñanza presidida por Figuerola; asimismo, participó activamente en el debate librecambista con sus discursos pronunciados en el ámbito de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas durante la década de los ochenta, siendo nombrado vocal de la junta directiva de dicha asociación, presidida por Rodríguez. En los aludidos discursos defendió el librecambio con convicción, apoyando las críticas a la demora en la aplicación del arancel de 1869 (Costa, 2011, pp. 69-94).

En su memoria sobre la exposición de 1867, Costa anticipaba ya, en germen, algunas de las posibles causas del atraso español («falta de instrucción, de caminos, de brazos, de dinero»), que luego desarrollaría extensamente en sus escritos (Costa, 1868, p. 88)¹⁰. Afirmaba que España era rica en «todo género de primeras materias» y que su situación geográfica era «favorabilísima para el comercio» (p. 88). Pero, sobre todo, consideraba que era la agricultura la que definía la vocación productiva del país y donde residía su verdadera ventaja de cara al comercio: «la gran especialidad de España está en los productos del suelo [...] El cultivo es indudablemente el porvenir de la sociedad española»; por ello, se trataba de «ver si cada terreno está dedicado al cultivo más propio de sus circunstancias físicas y si se opera con capital bastante» (p. 82).

Con carácter general, resultaba conveniente animar a los capitalistas a invertir en la agricultura, «moza robusta y vigorosa» (p. 106). Pero, en cualquier caso, para aprovechar al máximo la ventaja agrícola española y «producir mucho más a menos precio», había aún que mejorar sustancialmente el sector primario. En especial mediante la educación (sociedades populares, escuelas profesionales, granjas-escuela, etc.), pero también con máquinas sencillas y baratas «construidas en los mismos pueblos», nuevas vías de comunicación, o promoción de muestras nacionales y provinciales (que ponían de manifiesto vacíos, difundían ideas e indicaban modelos a imitar) (pp. 83-86, 88-89, 91-93)¹¹. Y todo ello implicaba cierta colaboración estatal: «No somos de los que consideran al Gobierno como una providencia universal que todo lo ve y domina, y que a todo atiende, pero tampoco queremos dejar al individuo aislado en medio de su impotencia» (p. 105). Con el tiempo, una vez logrado el pleno desarrollo agrícola, se iría produciendo poco a poco el desarrollo industrial, en parte gracias al considerable aumento «del consumo de máquinas que [habrían] de necesitar las industrias derivadas de la agricultura»; sin embargo, todavía los fabricantes españoles, pese a la «estéril protección de las Aduanas», eran incapaces de atraer a los compradores nacionales, que se veían obligados a dirigir sus demandas al extranjero (p. 105).

3. Proteccionismo y fomento industrial al hilo de las exposiciones universales: el economista Francisco Orellana junto a periodistas, escritores e ingenieros

Entre los autores claramente proteccionistas que visitaron una exposición internacional y luego escribieron una memoria haciendo alguna mención a asuntos económicos destacan José Roca (Filadelfia, 1876), Marcelino Umbert (París, 1878), José María Serrate (Barcelona, 1888), Antonio García Llansó (Barcelona, 1888), Teodoro Mora (Barcelona, 1888), Saturnino Lacal (Barcelona, 1888) y Rafael Puig (Chicago, 1893). Pero de entre todos ellos sobresalió el economista granadino Francisco Orellana, por su capacidad para ordenar y exponer con claridad los argumentos del grupo industrial afincado en Cataluña¹². Orellana siendo muy joven se instaló en Barcelona, pasando de defender un socialismo de corte cabetano a integrarse en el grupo proteccionista catalán. Visitó la exposición de París de 1867 comisionado por el Instituto Industrial de Cataluña, que se integraría más tarde en Fomento de la Producción Nacional, y éste –finalmente– en Fomento del Trabajo Nacional en 1889 (Rodríguez Gutiérrez, s.f.).

En su memoria sobre la exposición de 1867, Orellana expuso algunas de las enseñanzas que se podían extraer de las estrategias industriales y de exhibición de productos de los países más adelantados (Reino Unido, Francia, Bélgica o Estados Unidos), de aquellos otros que estaban progresando rápidamente (Alemania o el Imperio Austrohúngaro), y de España. Como otros visitantes, señaló los escasos resultados que los expositores españoles obtenían en general de estos certámenes internacionales. No obstante, más que quejarse de la falta de iniciativa del sector privado, lo hizo de la pésima gestión estatal de la representación española. Tras la visita a la exposición parisina consolidó y matizó sus propuestas de fomento de la industria nacional, que eran más ambiciosas que los objetivos planteados por las entusiastas autoridades encargadas de organizar la delegación española.

Sus argumentos se arraigaban en una larga tradición que se remontaba a los arbitristas (Sancho de Moncada, Damián Olivares o Francisco Martínez de Mata), los colbertistas franceses y los ilustrados españoles (Pedro Rodríguez Campomanes o Antonio de Capmany), llegando finalmente hasta los autores decimonónicos catalanes (como Eduard Jaumeandreu o Joan Güell y Ferrer) y foráneos (como Friedrich List o Henry Charles Carey). Coincidió con los tres arbitristas citados en priorizar la industria sobre la agricultura, con Campomanes y Capmany en la importancia de la educación artesanal, y con los autores decimonónicos en la política comercial basada en el arancel protector. Todo ello le llevó a rechazar los principios de las escuelas clásica (liderada por Adam Smith), liberal francesa (Frédéric Bastiat) y manchesteriana (Richard Cobden). Representadas en España –entre otros– por los miembros de la Escuela Economista, Orellana (1867a, p. 238) las calificaba de «bastardas».

El pensamiento de Orellana, anclado en tales bases intelectuales, se matizó tras la visita a la muestra parisina en tres temas claves: la prioridad de la política económica, el tipo de intervención estatal, y la estrategia empresarial en la fabricación. Por tanto, a diferencia de los plan-

teamientos «abstractos» de las escuelas clásica y de Manchester, se nutrió –según él– de lo que enseñaba la experiencia de los países más prósperos que concurrían al certamen parisino.

Con una simple visión general de los diferentes pabellones de la exposición, Orellana apreció la importancia del sector industrial en el avance económico de un país, y así lo expresó en las primeras páginas de su memoria con toda claridad: «Los combates del siglo XIX, los que dan verdadera gloria, prosperidad y grandeza a las naciones, son combates de industria; es decir [...] luchas pacíficas de ciencia, de arte y de trabajo» (p. 6). Esta prelación industrial tenía que establecerse también en España, que, en cambio, en las exposiciones universales exponía especialmente productos agrícolas y mineros: «España no puede ser ni será eminentemente agrícola, sin ser antes eminentemente industrial, y tiene elementos de sobra para ser lo uno y lo otro» (p. 6). En definitiva, la industria era «la gran caja de ahorros de la agricultura, fuente inagotable de capitales y vehículo de adelantos» (p. 204)¹³. Además, el sector minero estaba siendo explotado en España por compañías extranjeras en detrimento de los intereses económicos nacionales (p. 188). El cambio de prioridad sectorial difería de lo expuesto por Smith –que mantuvo que el progreso natural iba de la agricultura al resto de los sectores– y por la mayoría de los autores analizados en el epígrafe segundo, pero estaba en línea con lo defendido ya en el siglo XVII en España por arbitristas como Sancho de Moncada, Damián de Olivares o Francisco Martínez de Mata, o por el francés Colbert y su proyecto de manufacturas de alta calidad¹⁴.

Su visita a la exposición parisina afianzó a Orellana en dicha prioridad industrial a la vista de los avances de Prusia, un país que no había sido pionero en la industrialización, pero en el que se estaba dando el mayor progreso económico del continente. El caso de Prusia revelaba que la «industria, auxiliada por la ciencia», era la «única fuente de la riqueza de las naciones» (p. 61). Así, había convertido terrenos poco fértiles en fructíferos gracias a la química, y había mostrado que la riqueza residía no en tener minas –aunque fueran de oro– sino en beneficiar «industrialmente» los minerales y aplicarlos en diversas actividades útiles (pp. 61-62). Es decir, los avances agrícolas prusianos no hubieran sido posibles sin el rápido progreso de su sector industrial.

Una vez marcada la prioridad –el fomento industrial– Orellana propuso la mejor política comercial para alcanzar dicho objetivo. Precisamente, librecambistas de la Escuela Economista y proteccionistas del Instituto Industrial de Cataluña estaban a punto de confrontar sus argumentaciones sobre este tema, pues el economista granadino escribió su memoria a las puertas del Sexenio Democrático (1868-1874), en el que se aprobaría el llamado arancel Figuerola (1869), el más librecambista del siglo XIX. Aunque su base quinta mantenía los aranceles vigentes durante seis años, fijaba reducciones posteriores paulatinas, de modo que en 1881 los derechos de aduana tuvieran solamente una función fiscal y no de protección de la producción nacional.

Sin entrar a exponer en detalle el desarrollo del debate, cabe esbozar brevemente algunos hitos de la evolución del discurso proteccionista para contextualizar a Orellana¹⁵. Los economistas españoles pasaron de defender políticas prohibicionistas, como las de Moncada en el siglo XVII, a otras centradas en el arancel, como las de Jerónimo de Uztáriz a principios del

xviii. Durante el Dieciocho avanzaron en la argumentación a favor de la libertad de comercio interior y con los territorios americanos, pero –no obstante– plantearon precauciones respecto al comercio con terceros países. Ya en el primer tercio del siglo xix, Jaumeandreu hizo suyas las conclusiones del debate dieciochesco –libertad de comercio interior y con los territorios americanos–, y propuso la protección temporal del comercio con terceros países bosquejando argumentos como el de las industrias nacientes, o el de la protección dependiendo de la etapa de crecimiento económico en la que estuviera un país. Estos argumentos se enriquecieron con las aportaciones de List y Carey, que asumieron plenamente los proteccionistas del grupo catalán. La confluencia de todas estas fuentes antiguas y modernas quedó plasmada en sendas memorias sobre la balanza comercial española que publicaron Güell y Ferrer y Orellana en 1866 y 1867, respectivamente. En ellas se defendían las tesis proteccionistas contrarias al libre-cambismo del Círculo Mercantil de Madrid¹⁶.

En su informe sobre la Exposición de París 1867, Orellana también reclamaba la protección, a la vez que criticaba el argumento librecambista que incidía en la defensa de los consumidores y los productores españoles perjudicados por los aranceles. La protección arancelaria, por el contrario, ensancharía las «esferas del consumo interior, hoy monopolizado por la producción extranjera» (p. 191). En definitiva, el Estado –como había sostenido Smith– debía realizar obras públicas, asegurar la propiedad privada y preservar a sus ciudadanos de los ataques armados, pero *además* debía defender al país de «las invasiones *pacíficas* de mercancías envilecidas, destinadas a un consumo irreproductivo, y cuyo efecto [era] cohibir la libertad del trabajo y destruir en un día los esfuerzos de muchos años» (p. 258).

La intervención del Estado definiendo una política comercial acorde a priorizar el sector industrial, llevó también a Orellana a profundizar en cómo debía ser la injerencia del gobierno en otros campos económicos. Es decir, en su memoria se refirió a una «acción ilustrada del Estado», que definió como aquel auxilio estatal que no anulaba la iniciativa privada y fomentaba que ambas partes trabajasen en armonía (p. 420). En el caso concreto de las exposiciones, esta colaboración no debía consistir simplemente en llenar los pabellones de planos y proyectos ministeriales para autobombo de los políticos, sino en «velar» y facilitar la labor de los expositores, organizando adecuadamente la representación española (p. 142). En este sentido, la labor estatal había sido poco ilustrada: los productos estaban mal expuestos y catalogados, y se localizaban en espacios periféricos del recinto ferial (pp. 44-48). Además, recibían pocos premios, y cuando se les otorgaban –como a los tejidos de algodón– se elogiaba que los españoles fueran buenos imitadores (un comentario injusto, pues, como en el caso de la España Industrial –una de las grandes empresas catalanas–, se sabía «algo más que imitar») (p. 145). Por otra parte, las autoridades españolas desconocían los puntos fuertes del sistema productivo español, por lo que no podían elegir adecuadamente qué exponer, y ni tan siquiera publicitaban los productos de territorios extraeuropeos como las Filipinas (p. 19). En cambio, los pabellones británicos y estadounidenses eran sencillos y mostraban a simple vista sus principales avances (pp. 35-38).

Por tanto, el problema no era sólo el escaso presupuesto dedicado por el Estado a acudir a las exposiciones, o que éste se emplease en partidas infructuosas, sino que su labor estaba poco

focalizada. Tampoco se sacaba partido de la falsa imagen oriental que de España tenían los extranjeros: si esta «embelesaba» había que aprovecharla, porque como todas las debilidades «val[ía] dinero» (p. 14). En definitiva, no se sabía promocionar la producción nacional, que no era despreciable: «comparativamente a otros países de Europa, somos pobres y estamos atrasados, es cierto; pero no tanto como se nos ha hecho aparecer en la Exposición de París» (p. 128). Todo parecía indicar que España no tenía «plato en este banquete» (p. 7). Sin embargo, los españoles debían concurrir «a esas fiestas como actores interesados, y no como simples comparsas y cándidos espectadores» (p. 16). El pabellón español era un anacronismo que proyectaba una imagen del pasado alimentada de recuerdos, «sin aspiraciones futuras» (p. 45). Tal era la asociación de España con el pasado que, por ejemplo, pasaban desapercibidos los avances y logros basados en «principios científicos», como los retratos heliocrómicos de Leopoldo Casañol (pp. 134-135).

En cambio, en la Exposición sobresalía Bélgica, que, pese a su reducida extensión territorial, era uno de los países más prósperos de Europa. Por ello, podía servir a España «de modelo» (p. 69). Bélgica combinaba una adecuada actuación de su gobierno en asuntos económicos con «el auxilio poderoso de las ciencias y artes, de la química y de las fuerzas mecánicas aplicadas a la producción, la densidad de la población, el comercio interior, etc.» (p. 70). No se limitaba el Estado sólo a subvencionar: las blondas, por ejemplo, se habían convertido en una industria potente porque el gobierno belga apoyaba talleres de aprendizaje donde se enseñaba a las mujeres a tejer (p. 158). Si los políticos españoles hubieran apuntalado a la industria como los belgas y además con constancia, España estaría más adelantada y no tendría que comprar productos industriales a este pequeño país (p. 76). Así, en el caso de los productos españoles de lino y cáñamo –premiados, pero no lo suficiente– la iniciativa privada necesitaba ayuda por el elevado coste del carbón español. El sector estaba a la espera de dos acciones políticas: «por una parte, apresurar la explotación de nuestras riquísimas hulleras; y por otra, señalar fuertes subvenciones a las primeras seis fábricas de hilar que se estableciesen en diferentes provincias, otorgándoles por un determinado número de años la franquicia de derechos para la importación de máquinas perfeccionadas» (p. 148). Pero no sólo la próspera Bélgica era un ejemplo, sino también algunos países que estaban en proceso de desarrollo como el Imperio austro-húngaro, que había perfeccionado sus dotes para producir y exhibir sus mercancías y –para estar al día de las innovaciones industriales– había enviado a jóvenes a centros especializados extranjeros (p. 56).

En suma, en la memoria de Orellana sobre la muestra parisina se señalaba la prioridad de la industria en la modernización económica del país y se definía lo que debía ser la «acción ilustrada» del Estado. Pero, igualmente, se marcaba la directriz principal que debía guiar a los empresarios industriales españoles: conseguir la perfección y el buen gusto en sus productos en vez de fabricar meramente más cantidad a precios bajos. Era esta una propuesta singular, pues la Revolución Industrial se había caracterizado esencialmente por la elaboración de productos estandarizados a gran escala y a precios asequibles. La competitividad definida por la calidad –más que por la cantidad y el precio– era también un tema relevante porque –como se ha expuesto– las políticas librecambistas pretendían conseguir en el exterior una mayor cantidad

de productos a precios bajos en beneficio de los consumidores y productores nacionales perjudicados por la protección. Orellana estaba totalmente en desacuerdo con este planteamiento:

La competencia [para los librecambistas] es su ley suprema; la baratura su última palabra: pero la competencia, que es realmente un poderoso estímulo a los adelantos, llevada a ciertos límites conduce irremisiblemente a la ruina del débil y a la negación de la personalidad humana. La baratura, bien apetecible cuando emana de la abundancia, independientemente de esta condición es un ente quimérico (Orellana, 1867a, p. 238).

Precisamente, como todo no podía reducirse a producir mucho y barato, en su argumentación fue relevante el papel de las Bellas Artes en la producción industrial. A pesar de lo crítico que era Orellana con las exposiciones universales, señaló su papel relevante en el fomento de las ciencias y las Bellas Artes, siendo estas últimas sustanciales para la industria al contribuir a la perfección, buen gusto y mejor calidad de los productos (p. 236). Esta idea, que incidía en la aplicación del arte en la producción y en primar la calidad de los bienes, ya la habían planteado anteriormente los economistas de la ilustración española con los que Orellana estaba familiarizado. Así, Campomanes –que cuestionó los gremios sin atreverse a plantear su abolición, como Jovellanos– señaló la labor que estos debían desempeñar en la formación de los artesanos, y también destacó la importancia de los talleres de dibujo en los que dicho arte se aplicaba a la manufactura. Por su parte, Campany subrayó asimismo la importancia del dibujo en el diseño de los productos manufacturados, y defendió a los gremios porque controlaban la calidad de la producción y protegían de la competencia foránea: la absoluta libertad y la abolición de los gremios podría derivar en la destrucción progresiva de los artesanos y en que estos maleasen los productos para sobrevivir¹⁷.

Como conclusión de sus reflexiones sobre la competencia y las Bellas Artes aplicadas a la industria, Orellana afirmó que había dos grandes opciones empresariales: una se basaba en competir en «perfección y gusto», y la otra en lo utilitario, que todo lo reducía a baratura y cantidad. Él se pronunció por la primera alternativa, alejándose de la «fiebre economista que destina el hombre a la producción, y no la producción para el hombre» (p. 239). El camino, pues, no era el utilitarista británico, tan exitoso en las exposiciones, sino el francés, cuya industria –también muy premiada– conservaba «el cetro del buen gusto» (p. 239). Incluso los países que habían llegado más tarde a la industrialización –como Suiza, Países Bajos y los estados alemanes e italianos– perseguían competir mediante la perfección de sus productos (p. 242). Si España quería seguir este mismo rumbo tenía que paliar la falta de escuelas técnicas, talleres de aprendizaje e institutos especializados, donde se fijase una instrucción práctica, sencilla y útil, y no enciclopédica y erudita¹⁸. Junto a la protección a la industria, esto daría muy buenos resultados: «Instrucción y protección es todo lo que en España se necesita para fecundar los grandes gérmenes de prosperidad que en su seno encierra: instrucción para saber; protección para practicar y sacar provecho de lo aprendido» (p. 257). Es decir, las escuelas de formación de artistas precisaban a su vez de una industria próspera que promoviese su demanda (p. 244).

En resumen, aunque el proteccionista Orellana fuera muy crítico con las exposiciones internacionales, su visita a la parisina de 1867 le familiarizó con la experiencias de otras naciones más prósperas y le afianzó en sus ideas de priorizar la industria para modernizar el resto de los sectores (en particular, el agrícola), definir la «acción ilustrada» del Estado (que no estaba cumpliendo sus objetivos en la exposición), y marcar una directriz básica para los empresarios (competir por la perfección y buena calidad de los productos, y no tanto por la cantidad y el precio).

A continuación, se hará una somera referencia a algunas de las opiniones y matizaciones de aquellos otros autores aludidos al comienzo de este apartado (periodistas, ingenieros, escritores, etc.), que, sin ser economistas, mantuvieron también una posición claramente proteccionista e industrialista tras su visita a diversas exposiciones universales. Así, por ejemplo, José Roca (1876, p. 101) –próximo a Fomento del Trabajo Nacional– señaló, tras regresar de la Exposición de Filadelfia de 1876, que había que estar preparado para la creciente competencia de los productos estadounidenses, cada vez más perfectos y ante los que temblaban incluso los británicos; poco después, en la Exposición Colombina de Chicago de 1893, Manuel Pichardo (1894) constataba que la supremacía industrial estadounidense era ya un hecho indiscutible. La Exposición de Barcelona de 1888 había supuesto, en palabras de Antonio García Llansó (1888, p. 47), «la rehabilitación completa de nuestra patria, tan desconocida como injustamente juzgada». Pero, pese a los logros, seguían siendo necesarias las políticas proteccionistas: José María Serrate apoyaba las «justas modificaciones arancelarias» porque España importaba más de lo que exportaba y todavía no había llegado su «emancipación como nación productora» (VV.AA., 1888, pp. 191, 271); en el mismo sentido, Teodoro Mora señalaba que España aún no se había podido «emancipar» del «yugo» extranjero (VV. AA, 1888, p. 100); y Saturnino Lacal (1889, p. 40), entre elogios al Instituto de Fomento del Trabajo, demandaba con firmeza el arancel protector.

De hecho, sólo la protección podía consolidar la indudable mejora industrial que había tenido lugar a lo largo de los años. Así, Marcelino Umbert (1879, p. 13) –que estuvo en la muestra parisina de 1878¹⁹– destacó el gran avance que se había producido en España, y particularmente en Cataluña, desde la primera exposición londinense de 1851. A pesar de ello, recelaba –como Orellana– de las políticas basadas en la baratura de las mercancías: «Si se quieren aplicar los principios de la ciencia económica, hay que recordar que no es ni debe ser el principal objeto la baratura, sino exclusivamente el bienestar social» (Umbert, 1879, pp. 43-44). Nótese que en una época en la que las reivindicaciones obreras eran más frecuentes, también se justificaba esta propuesta con el fin de que los trabajadores no cayesen en el pauperismo. En esta misma línea, el ingeniero Rafael Puig (1895, p. 25) –que visitó la Exposición Colombina de Chicago (1893) y redactó una memoria para Fomento del Trabajo Nacional– resaltó lo extendido de las políticas proteccionistas en Estados Unidos y cómo estas se planteaban como un medio para mantener altos los salarios de los trabajadores y resolver conflictos sociales. En cualquier caso, según Vicente Rubio (1868, pp. 171, 188) –que viajó a las muestras de 1862 y 1867–, no bastaba sólo con la protección para conseguir el avance efectivo de la industria española: eran también claves tanto la educación profesional como las infraestructuras; de hecho, la perfección de la industria algodonera catalana no iba acompañada de baratura en sus

productos debido al atraso en que se encontraba la explotación del «hierro y [el] carbón y [a] la dificultad de los transportes».

En otro orden de cosas, y tres décadas después de la memoria de Orellana, la escritora Emilia Pardo Bazán (1900) seguía manteniendo –en su balance de la exposición parisina de 1900– que España proyectaba una imagen socioeconómica del pasado. Lo cierto es que las quejas respecto al papel de España fueron una constante en los sucesivos certámenes internacionales, independientemente del posicionamiento comercial de cada cual. El periodista José Castro, por ejemplo, estuvo en las exposiciones de Londres (1862) y París (1867): de la primera señaló que lo expuesto por España no cuidaba las formas y que los españoles aún no habían comprendido que las exposiciones no eran bazares donde se exhibían mercancías de lujo, sino productos comunes y baratos; con todo, había quedado demostrada la calidad de los tejidos catalanes de algodón –todavía con precios altos–, lo que era un primer paso para la «emancipación» económica (Castro, 1863, pp. 45, 51-52, 63); y en su memoria de exposición de París lamentó que España, cinco años más tarde, aún siguiera sin aprender nada sobre las exposiciones (Castro, 1867, p. 177). Por su parte, el ingeniero y futuro ministro de Hacienda Juan Navarro Reverter (1875, p. 236), que visitó la exposición vienesa de 1873, resaltó que, mes y medio después de la inauguración de la muestra, el pabellón español todavía no estaba terminado. Respecto a la exposición de Filadelfia de 1876, el también ingeniero Daniel de Cortázar (1878, p. 395) afirmó que España había sido «la primera en artículos exhibidos», aunque hubiera sacado muy poco provecho de ello; y lo mismo concluyó el cronista oficial Luis Alfonso (1876, p. 117). Por su parte, el periodista Ángel Fernández de los Ríos (1878, p. 282), tras la exposición parisina de 1878, seguía incidiendo en que España tenía que estar más representada por la iniciativa privada en este tipo de certámenes, mientras que el escritor Luis Bravo (1890, p. 112) reiteraba que las producciones del país continuaban sin estar bien reflejadas en la muestra parisina de 1889, pese a los avances demostrados en la de Barcelona de 1888.

4. Conclusiones

Las exposiciones universales suscitaron grandes expectativas en el siglo XIX. El periodista progresista Fernández de los Ríos (1878, pp. 19-20) las sintetizaba así:

Una Exposición internacional es un tratado de paz, un acta de fraternidad firmada por todos los pueblos; el pacto de las industrias asociándose a las artes, de las ciencias promoviendo los descubrimientos, de los productos cambiándose juntamente con las ideas, del progreso multiplicando el bienestar; en una palabra, la comunión de las naciones en la armonía que brota del trabajo; lucha si se quiere, pero lucha fecunda de trabajadores que dejan tras de sí, no la muerte, sino la vida; soberbia batalla en que no hay más que vencedores.

Es decir, las exposiciones universales representaban, en cierto modo, la realización práctica de las famosas palabras de Victor Hugo (1849, p. 350) en su discurso de apertura del Congreso

de la Paz: «Llegará un día que no haya más campos de batalla que los mercados que se abran al comercio y los espíritus que se abran a las ideas».

En España, proteccionistas y librecambistas coincidieron en buena medida a la hora de criticar cómo se llevaba a cabo participación nacional en estas grandes muestras: mala presentación y selección de los productos exhibidos (ya fueran mineros, agrícolas o industriales), énfasis en los estereotipos románticos, etc. De hecho, con excepción del certamen de Barcelona (1888), tendió a transmitirse la imagen de un país bastante más atrasado de lo que realmente estaba. En particular, parecía que no hubiera habido avances significativos en el proceso de industrialización, sobre todo a partir de la década de 1870, aunque lo que sucedía en realidad era que la industria no estaba adecuadamente representada.

Sin embargo, proteccionistas y librecambistas difirieron respecto a las lecciones que cabía extraer en cuanto a políticas industriales y comerciales tras visitar las exposiciones. Los librecambistas más convencidos, como Mariano Carreras, subrayaron en general la vocación agrícola del país, dadas sus claras ventajas naturales. El Estado debía limitarse a crear unas condiciones adecuadas para el desarrollo de este sector clave (garantizar la propiedad, fomentar la libertad económica, eliminar obstáculos a la iniciativa privada, mejorar las vías de comunicación, etc.), dejando que el comercio hiciera su trabajo (aprendizaje técnico, emulación, estímulo reformista, etc.). Luego, a partir de un desarrollo pleno de la agricultura, iría progresando paulatinamente la industrialización. En esta misma línea de situaron en su momento Joaquín Costa y –con matices– Ramón de la Sagra, o periodistas como José Castro. No obstante, hubo también librecambistas como Figuerola que se mostraron claramente industrialistas. Donde no hubo discrepancias fue en la crítica a la búsqueda de rentas económicas mediante prebendas proteccionistas que sólo beneficiaban a grupos concretos, en el papel de los lazos comerciales y los intereses económicos compartidos para favorecer la paz mundial, y en la visión de las exposiciones como medios de adaptación a la competencia internacional (al proporcionar información sobre las fortalezas productivas de los potenciales rivales comerciales).

Los proteccionistas, con Francisco Orellana a la cabeza, destacaron unánimemente la prioridad industrial, pues el caso de Prusia demostraba claramente que los verdaderos avances agrícolas no eran posibles sin un rápido progreso industrial previo (que actuaría como fuente de capitales, adelantos técnico-mecánicos, etc.). Pero dicho progreso, como bien ejemplificaba Bélgica, requería de una variada «acción ilustrada del Estado» (subvenciones, apoyo al desarrollo de las ciencias y las artes, envío de jóvenes a centros especializados extranjeros para el aprendizaje, etc.). Es decir, se trataba de priorizar la industria –que además generaba mayor valor añadido– para contribuir a la modernización y el avance general del país, lo que obligaba a la protección temporal de las industrias nacientes hasta lograr la completa «emancipación como nación productora». En cualquier caso, era preciso unir la citada protección arancelaria a la instrucción profesional para poder competir en calidad y diseño artístico, que –frente a la opción librecambista de incidir en mayor baratura y cantidad– era donde entonces se estaba situando la mayoría de los países europeos continentales que avanzaban con paso firme en el terreno industrial. Por otro lado, la protección también tenía un fin social: permitía mantener

los salarios de los trabajadores a un nivel mayor que en una situación de abierta competencia externa, evitando así que los obreros cayesen en el pauperismo y atemperando al mismo tiempo posibles conflictos sociales.

Finalmente, conviene recordar que las dos posiciones que acaban de sintetizarse se refieren exclusivamente a aquellos autores que visitaron y reseñaron las exposiciones universales en informes y memorias. Por tanto, constituyen sólo un reflejo limitado de un debate económico mucho más amplio y matizado que fue central en la España decimonónica.

Bibliografía

- AIMONE, Linda; OLMO, Carlo. 1990. *Le esposizioni universali 1851-1900. Il progresso in scena*. Turín: Humberto Allemandi & C.
- ALFONSO, Luis. 1876. *La Exposición del Centenar. Noticias del Certamen Universal de Filadelfia de 1876*. Madrid: Perojo.
- ALLWOOD, John. 2001. *The Great Exhibitions: 150 years*. Londres: Exhibitions Consultants.
- AMOR, Fernando. 1856. *Estudios que sobre la agricultura en sus varias aplicaciones ha hecho en la Exposición Universal de París*. Córdoba: Fausto García.
- BRAVO, Luis. 1890. *España y América en la Exposición Universal de París*. París: Dupont.
- BUENO, María José. 1987. *Arquitectura y nacionalismo. Pabellones españoles en las exposiciones universales del siglo XIX*. Málaga: Universidad de Málaga-Colegio de Arquitectos.
- BURY, John Bagnel. 1971. *La idea del progreso*. Madrid: Alianza.
- CANOGAR, Daniel. 1992. *Ciudades efímeras. Exposiciones Universales: Espectáculo y Tecnología*. Madrid: Julio Ollero.
- CAPEL, Horacio. 2007. Las exposiciones nacionales y locales en la España del siglo XIX: medio local, redes sociales y difusión de innovaciones. En Manuel SILVA (ed), *Técnica e Ingeniería en España. Vol. IV: El Ochocientos. Pensamiento, Profesiones y Sociedad*. Zaragoza: Real Academia de Ingeniería - Institución Fernando el Católico - Prensas Universitarias de Zaragoza, 151-213.
- CARRERAS, Mariano. 2000 [1862]. *La España y la Inglaterra agrícolas en la Exposición [sic] Industrial, 1862*. Edición de Eloy Fernández-Clemente. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- CASTRO, José. 1863. *España en Londres: correspondencia sobre la Exposición Universal de 1862*. Madrid: Fortanet.
- CASTRO, José. 1867. *España en París. Revista de la Exposición Universal de 1867*. Madrid: Durán.
- CORTÁZAR, Daniel de. 1878. *Memoria acerca de la Exposición Universal de Filadelfia en 1876*. Madrid: Perojo.
- COSTA, Joaquín. 1868. *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*. Huesca: Antonino Arizón.
- COSTA, Joaquín. 1918. *Instituciones económicas para obreros. Las habitaciones de alquiler barato en la Exposición Universal de París en 1867*. Madrid: Moclús.

- COSTA, Joaquín. 2011. *Discursos librecambistas*. Edición de José María Serrano. Zaragoza: Larrumbe.
- COSTAS, Antón. 1983. El viraje del pensamiento político-económico español a mediados del siglo XIX: la 'conversión' de Laureano Figuerola y la formulación del librecambismo industrialista. *Moneda y Crédito* 167: 47-69.
- COSTAS, Antón. 1988. *Apogeo del liberalismo en 'La Gloriosa'. La reforma económica en el sexenio liberal (1868-1874)*. Madrid: Siglo XXI.
- DÍAZ LARIOS, Luis Federico. 2012. Viajeros españoles a los escaparates del progreso y de la técnica. *Boletín Hispánico-Helvético* 20: 135-158.
- ECHEGARAY, José; CARDERERA, Mariano; MENDIZÁBAL, Alfredo. 1900. *Exposición Universal de París de 1900. Congreso Internacional de Ferrocarriles*. Madrid: Hijos de J. A. García.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel. 1878. *La Exposición Universal de 1878*. Madrid: English y Gras.
- FIGUEROLA, Laureano. 1991 [1851]. Informe sobre la Exposición Universal de la Industria, verificada en Londres. En *Escritos económicos*. Edición de Francisco Cabrillo. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 17-32.
- FIGUEROLA, Laureano. 1993 [1849]. *Estadística de Barcelona en 1849*. Edición de Antón Costas. Barcelona: Alta-Fulla.
- GARCÍA LLANSÓ, Antonio. 1888. *La primera exposición universal española*. Barcelona: Luis Tasso.
- GARAY, Luis Alfonso. 2022. La Exposición Universal de las Artes y las Industrias de Barcelona (1888). Un evento clave en la primera etapa del turismo en Cataluña. *XIII Congreso Internacional de la AEHE*, Bilbao, 30 de agosto-2 de septiembre. Disponible en: <https://www.aehe.es/wp-content/uploads/2008/09/La-Exposicion-de-Barcelona.pdf>
- GREENHALGH, Paul. 1988. *Ephemeral Vistas: The Expositions Universelles, Great Exhibitions and World's Fairs, 1851-1939*. Manchester: Manchester University Press.
- GÜELL Y FERRER, Juan. 1866. *Causas económico-administrativas de los males actuales de España distintas de las que espone [sic] el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, y justificación de la balanza de comercio*. Barcelona: Narciso Ramírez y Cía.
- GUEREÑA, Jean-Louis. 2007. La sección española en la Exposición Universal de 1867. En Florent KOHLER (ed), *Stéréotypes culturels et constructions identitaires*. Tours: Presses Universitaires François-Rabelais, 33-49.
- GUTIÉRREZ BURÓN, Jesús. 1989. *Los enviados especiales a la Exposiciones Universales del siglo XIX*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago.
- GUTIÉRREZ-POCH, Miquel. 2022. «Falta sólo que el gobierno indique los caminos». Política industrial y Revolución Liberal (1808-1874): las exposiciones industriales. *XIII Congreso Internacional de la AEHE*, Bilbao, 30 agosto-2 de septiembre. Disponible en: <https://congresosaehe.es/wp-content/uploads/2022/06/SESSION-19-Miquel-Gutierrez-Poch.pdf>
- HERNÁNDEZ-ANDREU, Juan; ÁLVAREZ, Nelson. 2005. *Librecambismo y proteccionismo en España (siglos XVIII-XIX)*. Madrid: UNED.
- HUGO, Victor. 1849. Congreso de la Paz en París. Discurso de apertura, 21 agosto 1849. Disponible en: https://cdigital.cabu.uanl.mx/fl/30/1020016680/1020016680_052.pdf
- KASSON, John F. 1977. *Civilizing the Machine*. Harmondsworth: Penguin.

- LACAL, Saturnino. 1889. *Libro de honor. Apuntes para la historia de la Exposición Universal de Barcelona. Premios concedidos y dictámenes que los productos expuestos merecieron del jurado internacional*. Barcelona: Fidel Giró.
- LASHERAS, Ana Belén. 2009. *España en París. La imagen nacional en las Exposiciones Universales, 1855-1900* [tesis doctoral]. Santander: Universidad de Cantabria.
- LLUCH, Ernest. 1973. *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*. Barcelona: Edicions 62.
- LUJÁN, Francisco de. 1863. *Estudio de la exposición universal de Londres de 1862*. Madrid: Imprenta Nacional.
- MARTÍNEZ MORENO, Juan Manuel. 1988. La Exposición Colombina de Chicago, 1893. *Minervae Baeticae* 16: 153-168.
- MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. 1976 [1848]. *El manifiesto comunista*. Madrid: Ayuso.
- MÉNDEZ, Luis R. 2007. La Gran Exposición Universal de Londres de 1851: Un nuevo público para el mundo. En María Isabel ÁLVARO (ed), *Las Exposiciones Universales: Arte y Progreso*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 19-39.
- MONCADA, Sancho de. 1974 [1619]. *La restauración política de España*. Edición de Jean Vilar. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- MORILLO, Julia. 2015. *Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX* [tesis doctoral]. Madrid: UNED.
- MUMFORD, Lewis. 1979. *Técnica y Civilización*. Madrid: Alianza.
- NAVARRO REVERTER, Juan. 1875. *Del Turia al Danubio. Memorias de la Exposición Universal de Viena*. Valencia: Doménech.
- ORELLANA, Francisco José. 1867a. *La Exposición Universal de París en 1867, considerada bajo el aspecto de los intereses de la producción española en todos sus ramos de agricultura, industria y artes*. Barcelona: Manero.
- ORELLANA, Francisco José. 1867b. *Demostraciones de la verdad de la balanza mercantil y causa principal malestar económico de España*. Barcelona: Narciso Ramírez y Cía.
- PARDO BAZÁN, Emilia. 1900. *Cuarenta días en la Exposición*. Madrid: Idamor Moreno.
- PERDICES DE BLAS, Luis; REEDER, John. 2003. *Diccionario de Pensamiento Económico en España, 1500-2000*. Madrid: Síntesis-Fundación ICO.
- PICHARDO, Manuel S. 1894. *La ciudad blanca: crónicas de la Exposición Colombina de Chicago*. La Habana: El Fígaro.
- PLUM, Werner. 1977. *Exposiciones Mundiales en el Siglo XIX: Espectáculos del Cambio Socio-Cultural*. Bonn-Bad Godesberg: Fundación Friedrich Ebert.
- POLLARD, Sidney. 1971. *The idea of progress*. Harmondsworth: Penguin.
- PUIG, Rafael. 1895. *Memoria sobre la Exposición Colombina de Chicago desde el punto de vista industrial y comercial*. Barcelona: Tipografía Española.
- ROCA, José. 1876. *Un obrero en Fairmount Park*. *Revista crítica industrial de la Exposición de Filadelfia*. Barcelona: Leopoldo Doménech.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, Pedro. 1975 [1774-1775]. *Discurso sobre el fomento de la industria popular. Discurso sobre la educación popular de los artesanos*. Edición de John Reeder. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.

- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja. s.f. Orellana, Francisco José. En Real Academia de la Historia, *Diccionario Biográfico*. Disponible en: <https://dbe.rah.es/biografias/7248/francisco-jose-de-orellana>
- ROMÁN, Rocío. 2003. *La Escuela Economista española*. Cádiz-Sevilla: Universidades de Cádiz y Sevilla.
- RUBIO, Vicente. 1862. *Memoria acerca de la Exposición Universal de 1862*. Cádiz: Revista Médica.
- RUBIO, Vicente. 1868. *Memoria de la Exposición Universal de París* [de 1867]. Cádiz: Revista Médica.
- SAGRA, Ramón de la. 1853. *Memoria sobre los objetos estudiados en la Exposición Universal de Londres y fuera de ella bajo el punto de vista del adelanto futuro de la agricultura e industria españolas*. Madrid: Ministerio de Fomento.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Luis Ángel. 2006. Glorias efímeras: España en la Exposición Universal de París de 1878. *Historia Contemporánea* 32: 257-283.
- SANTOS, José Emilio de. 1880. *España en la Exposición Universal celebrada en París en 1878*. 2 vols. Madrid: Tello.
- SAZATORNIL, Luis; LASHERAS, Ana Belén. 2005. París y la *españolada*. Casticismo y estereotipos nacionales en las Exposiciones Universales (1855-1900). *Mélanges de la Casa de Velázquez* 35(2): 265-290.
- SERRANO, José María. 2017. Con el viento a favor. La Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, 1859-1869. *Revista de Historia Industrial* 68: 47-79.
- SMITH, Adam. 1988 [1776]. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Barcelona: Oikos-Tau.
- SUENDER, Enrique. 1878. *Apuntes de la Exposición Universal de París de 1878*. Madrid: Tipografía del Hospicio.
- UMBERT, Marcelino. 1879. *España en la Exposición Universal de París de 1878: la ciencia, las artes, la industria, el comercio y la producción de España y de sus colonias ante los jurados internacionales*. Madrid: Minuesa.
- VALVERDE, Beatriz. 2015. *El orgullo de la nación: la creación de la identidad nacional en las conmemoraciones culturales españolas*. Madrid: CSIC.
- VV.AA. 1888. *Estudios completos sobre la exposición universal celebrada en Barcelona en el año 1888 publicados en El Diario Mercantil*. Barcelona: Diario Mercantil.
- VICUÑA, Gumersindo. 1878. *Impresiones y juicio de la Exposición Universal de 1878*. Madrid: La Giralda.
- VIERA, Manuel. 2020. *El imaginario español en las exposiciones universales del siglo XIX. Exotismo y modernidad*. Madrid: Cátedra.

Notas

1. Desde mediados del siglo XVIII se venían celebrando ya algunos certámenes para el fomento de las manufacturas. En el caso de España, fueron especialmente destacables las primeras exposiciones nacionales de la industria celebradas en 1827, 1828 y 1831 e impulsadas por el ministro Luis López Ballesteros, que recuperó para la tarea a Juan López Peñalver, director del Real Gabinete de Máquinas (GUTIÉRREZ-POCH, 2022, pp. 9-10).
2. Destacan especialmente las exposiciones universales de París (1855, 1867, 1878, 1889 y 1900), Londres (1862), Viena (1873), Filadelfia (1876), Melbourne (1880), Barcelona (1888), Chicago (1893) y Bruselas (1897).
3. En efecto, con una duración de meses, millones de visitantes y creciente número de países participantes, las exposiciones universales decimonónicas fueron los primeros fenómenos de masas, facilitados por el ferrocarril y vinculados al naciente turismo. Reflejo de un moderno capitalismo industrial cada vez más global, no sólo consistieron en la exhibición de innovaciones técnicas y productos, sino que también fueron auténticos foros de intercambio de ideas, eventos socio-culturales con actividades paralelas (conciertos, representaciones teatrales, etc.), y manifestaciones del poder colonial con recreaciones folclóricas estereotipadas y pintorescas. Por otra parte, compitiendo en creciente espectacularidad, constituyeron retos organizativos sin precedentes y contribuyeron al desarrollo de la metrópoli moderna más allá de las simples muestras de arquitectura efímera. Sobre algunos de estos temas véanse PLUM (1977), GREENHALGH (1988), AIMONE y OLMO (1990) y CANOGAR (1992).
4. Otra cosa diferente era el debate sobre si ese indudable progreso material y técnico se traduciría o no, a la larga, en progreso social y moral: véase POLLARD (1971, pp. 104-184). En particular, destacaba la cuestión de si la constante mejora técnica incorporada a la maquinaria acabaría ensanchando la libertad y la creatividad humanas o, por contra, se convertiría en una creciente fuente de servidumbre y alienación (KASSON, 1976, p. 110; MUMFORD, 1979, pp. 288-307).
5. Sobre la representación española en algunas de las exposiciones véanse: Londres 1851 (MÉNDEZ, 2007), París 1867 (GUEREÑA, 2007), París 1878 (SÁNCHEZ GÓMEZ, 2006), Barcelona 1888 (GARAY, 2022 y VALVERDE, 2015), y Chicago 1893 (MARTÍNEZ MORENO, 1988). Sobre la imagen de España en las exposiciones francesas en particular, LASHERAS (2009) y SAZATORNIL y LAHERAS (2005). Y sobre las exposiciones en general, BUENO (1987), CAPEL (2007), GUTIÉRREZ BURÓN (1989), GUTIÉRREZ-POCH (2022) y VIERA (2020).
6. Sobre las ideas de la Escuela Economista y la reforma arancelaria de 1869 véanse COSTAS (1988) y los capítulos 4 y 5 de ROMÁN (2003).
7. Según COSTAS (1983), está documentado que Echegaray visitó también la exposición londinense de 1851, aunque no dejara testimonio escrito de ello.
8. FIGUEROA (1993[1849]) realizó un análisis minucioso de la situación industrial barcelonesa dos años antes del certamen londinense.
9. *El Economista*, n.º 16, 20.IX.1856.
10. De la exposición también le interesó el problema de la vivienda obrera: COSTA (1918).

11. La memoria de AMOR (1856), centrada en la agricultura, era una buena muestra de lo señalado por Costa sobre el papel de las exposiciones y su capacidad para informar de las novedades disponibles.
12. Tanto el caso de Orellana como el del gaditano Manuel María Gutiérrez muestran que el grupo proteccionista catalán también se nutría de economistas de otras regiones españolas.
13. En la segunda parte de la memoria analizó minuciosamente los sectores y subsectores productivos españoles y las acciones específicas a tomar en cada uno de ellos (ORELLANA, 1867a, pp. 235-589).
14. MONCADA (1974[1619], pp. 261-262) expuso cómo el sector agrícola necesitaba del tirón de la manufactura, en contra de la opinión generalizada de su época. Orellana resaltó numerosas veces el papel desempeñado por Colbert –así como por Fernando VI y Carlos III en España– en el fomento de las fábricas (ORELLANA, 1867a, p. 156).
15. Un breve estado de la cuestión del debate proteccionismo-librecambismo en PERDICES y REEDER (2003, pp. 162-182). También HERNÁNDEZ-ANDREU y ÁLVAREZ (2005).
16. Orellana apuntó que List y Carey le abrieron nuevos horizontes sobre el análisis de la balanza comercial y la protección (ORELLANA, 1867b, p. 6). También citó la memoria de Güell y Ferrer, que mantenía que los «principios científicos» de los economistas librecambistas no servían para analizar la balanza comercial (GÜELL y FERRER, 1866, p. 6).
17. Véase RODRÍGUEZ CAMPOMANES (1975[1774-1775], pp. 177-185). CAPMANY –en la línea de Francesc Romà i Rossell y Manuel Sisternes i Feliú– publicó sendas defensas de los gremios en 1778 y 1788, analizadas en LLUCH (1973, pp. 35-55).
18. COSTA (1868, pp. 34-55) también estuvo en la muestra parisina de 1867 y en lo que más incidió fue en la necesidad de instrucción profesional.
19. Otros autores que también visitaron dicha exposición fueron Ángel FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS (1878), José Emilio SANTOS (1880), Enrique SUENDER (1878) y Gumersindo VICUÑA (1878).